

Capítulo 12

La mujer, el dragón y el Hijo varón

Apocalipsis 12

El capítulo 12 de Apocalipsis es la bisagra que articula todo el libro. Hasta el capítulo 12, la historia se revela. Los capítulos 1 al 11 cubren tres secuencias de siete: las siete iglesias, los siete sellos y las siete trompetas, que describen los eventos desde el comienzo del cristianismo hasta el final de los tiempos, desde diferentes perspectivas. La segunda mitad del libro se centra en los acontecimientos finales.

El capítulo 12 se refiere a tres personajes: una mujer, un dragón y un hijo varón. Estos tres son los protagonistas del Gran Conflicto, esa batalla milenaria entre el bien y el mal que comenzó en el Cielo y fue transferida a la Tierra. Este capítulo retoma cuatro episodios del Gran Conflicto:

- Episodio 1: Satanás intenta matar a Jesús. Eso no funciona. Dios gana; Satanás pierde.
- Episodio 2: Satanás intenta apoderarse del Trono de Dios en el Cielo. Eso no funciona. Dios gana; Satanás pierde.
- Episodio 3: Satanás intenta destruir a los seguidores de Dios de todas las épocas. Eso no funciona. Dios gana; Satanás pierde.
- Episodio 4: Satanás intenta destruir a la iglesia de Jesús en el tiempo del fin. Eso no funciona. Dios gana; Satanás pierde.

Esta lista de episodios está numerada en el orden en que se presentan aquí en el capítulo 12. Pero notarás que están algo

desordenados cronológicamente. Cronológicamente, el episodio 2 tuvo lugar antes del episodio 1. Satanás trató de apoderarse del Trono de Dios en el Cielo antes de intentar matar a Jesús cuando vino a la Tierra. Sin embargo, retomaremos estos episodios en el orden en que aparecen en el capítulo 12. El mensaje importante es que Dios siempre va a ganar y Satanás siempre va a perder.

Episodio 1: Satanás intenta matar a Jesús

Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta y clamaba con dolores, porque estaba por dar a luz.

Entonces apareció otra señal en el cielo. Un gran dragón rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas, siete diademas. Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró ante la mujer que estaba por dar a luz, a fin de devorar a su Hijo en cuanto naciera. Y ella dio a luz un Hijo varón, que había de regir a todas las naciones con vara de hierro; y su Hijo fue arrebatado para Dios y para su trono (Apoc. 12:1-5).

Veamos los símbolos que se utilizan aquí. ¿Qué representa la mujer? En las Escrituras, una mujer pura representa a la iglesia de Dios, su pueblo fiel. En el Antiguo Testamento, el pueblo fiel de Dios, su verdadera iglesia, a menudo se presenta como una mujer, o la novia de Dios (Isa. 54:5, 6; Jer. 6:2). El Nuevo Testamento también continúa con esta temática de la iglesia

como una mujer, o la novia de Cristo. Pablo escribió a los cristianos en Corinto: “Los celo con celo de Dios, porque los he desposado con un solo esposo, con Cristo; para presentarlos a él como una virgen pura” (2 Cor. 11:2; ver también Efe. 5:25). En contraste, como veremos más adelante en Apocalipsis 17, una mujer impura, una ramera, representa al cristianismo apóstata. Sin embargo, aquí en el capítulo 12, esta mujer representa a la verdadera iglesia. Cristo nace, y establece la iglesia cristiana.

¿A quién representa el dragón? No tenemos que adivinar. El versículo 9 nos dice claramente que el dragón es “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás”.

¿A quién representa el Hijo varón? Claramente, esta es una referencia a Jesús, quien dejó el Cielo y vino a la Tierra para ser el Hijo de María.

Estos tres, la mujer, el dragón y el Hijo, son los personajes principales de este capítulo. Pero hemos visto este mismo trío antes en las Escrituras. Se introducen por primera vez en el Jardín del Edén al comienzo del mundo. Allá en el Edén, tenemos a la mujer, Eva. Tenemos al dragón, la serpiente que la engañó para que pecara. Y tenemos la “Simiente” de la mujer, su Hijo, el Mesías prometido. ¿Recuerdas lo que sucedió en Edén después de que Adán y Eva desobedecieron a Dios? La Biblia registra que Dios le dijo a la serpiente: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y el Descendiente de ella. Tú le herirás el talón, pero él te aplastará la cabeza” (Gén. 3:15).

Dios le dice a Satanás que el Hijo, el Mesías prometido, la Simiente de Eva, “te aplastará la cabeza”. Se produciría un amargo conflicto entre la serpiente y la mujer, entre sus seguidores y la simiente de ella. La “Simiente” de la mujer, el Mesías, obtendría la victoria al aplastar la cabeza de la serpiente

mientras que sufriría una herida en su calcañar. Satanás escuchó las palabras de Dios y las tomó en serio. Sabía que algún día Jesús vendría a la Tierra para infligirle un golpe mortal. ¿Es de extrañar que tratara de matar a Jesús tan pronto como nació?

La mujer que Juan vio está de pie sobre la Luna, vestida con el Sol y tiene una guirnalda de doce estrellas que rodea su cabeza. Como símbolo de la verdadera iglesia de Dios, ella está revestida de la gloria de Dios. El nacimiento de Cristo dio inicio a una nueva era. Los tipos y las sombras del Antiguo Testamento, simbolizados por la Luna, señalaban la venida del Mesías. La luz menor sería superada por la gloriosa luz del evangelio. Algunos han sugerido que las doce estrellas que adornan la cabeza de la mujer representan los doce apóstoles de la iglesia primitiva. La mujer está embarazada. De hecho, está de parto y a punto de dar a luz (Apoc. 12:2). La iglesia del Nuevo Testamento, en el momento del nacimiento de Cristo, se presenta en este contexto. Como profetizó Isaías: “Un Niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado” (Isa. 9:6).

Delante de la mujer hay un gran dragón rojo. Está esperando, preparado para “devorar a su Hijo en cuanto naciera” (Apoc. 12:4).

Esta es claramente una imagen de lo que sucedió en el nacimiento de Jesús en Belén. Usando al rey Herodes como su agente, Satanás trató de matar al Niño Jesús tan pronto como nació. “Cuando Herodes se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en sus alrededores, conforme al tiempo que había averiguado de los magos” (Mat. 2:16). Satanás recordó las palabras de Dios en el Edén. Sabía que Jesús había venido para obtener la victoria prometida y destruir su poder.

Satanás trató de matar a Jesús, pero el “Hijo fue arrebatado para Dios y para su trono” (Apocalipsis 12:5). Por supuesto, Satanás logró matar a Jesús en la Cruz. Aunque podría parecer una victoria para el dragón, la muerte de Jesús en la Cruz asestó una herida mortal a la cabeza del dragón. Satanás fue derrotado. La muerte de Cristo en la Cruz proclamó el inmenso amor de Dios en el conflicto entre el bien y el mal. Respondió las acusaciones de Satanás de que Dios era parcial e injusto. Reveló que el Cielo estuvo dispuesto a hacer todo lo necesario para salvar a toda la humanidad. En su vida y en su muerte, Jesús reveló el amor de Dios a nuestro planeta pecador. Jesús resucitó y regresó al Cielo. Su muerte fue un golpe temporal en su talón. Dios ganó y Satanás perdió este episodio del Gran Conflicto.

Quizá te preguntes por qué los eventos del capítulo 12 no se enumeran en orden cronológico. ¿Por qué Juan describe la rebelión de Lucifer en el Cielo después del surgimiento de la iglesia cristiana y el intento del diablo de destruir a Jesús? Los patrones de pensamiento de la gente en los tiempos bíblicos eran bastante diferentes de los de la mentalidad occidental moderna. A veces, en Apocalipsis, la conclusión viene primero, y luego siguen los eventos que conducen a la conclusión. El propósito principal del capítulo 12 es presentar la victoria de Cristo en el gran conflicto entre el bien y el mal. Juan comienza allí y luego procede a la rebelión de Satanás en el Cielo que más tarde llevaría a su ataque despiadado contra Cristo y su iglesia.

Episodio 2: Satanás intenta apoderarse del trono de Dios en el cielo

Hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón y sus ángeles combatieron; pero estos no prevalecieron, ni se halló más lugar

para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera ese gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo que decía: “¡Ahora ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo! Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, quien los acusaba día y noche ante nuestro Dios” (vers. 7-10).

El episodio 2 nos lleva de regreso al comienzo mismo del gran conflicto en el Cielo. El pecado se originó con Satanás en el Cielo mismo. No había razón para la desobediencia de Satanás. No hay una explicación lógica de por qué Lucifer, este ángel perfecto, permitió que el orgullo y los celos se arraigaran en su corazón y se rebelara contra su Creador. El profeta Isaías revela lo que sucedió en la mente de Lucifer, que lo llevó a su rebelión total en las cortes celestiales:

Lucero, hijo del alba, ¡cómo caíste del cielo!
Fuiste echado por tierra, tú que abatías a las naciones.
Tú que decías en tu corazón:
“Subiré al cielo,
en lo alto, por encima de las estrellas de Dios
levantaré mi trono,
en el Monte de la Reunión, al lado norte me sentaré.
Sobre las altas nubes subiré,
y seré semejante al Altísimo” (Isa. 14:12-14).

El orgullo de Satanás maduró hasta convertirse en una rebelión abierta. Acusó a Dios de ser parcial e injusto. Contagió a un tercio de los ángeles con sus dudas y sus acusaciones. Apocalipsis 12:4 dice: “Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra”. Una tercera parte de los ángeles del Cielo se puso del lado de Satanás y se unió a él en rebelión.

La rebelión llegó al punto de la guerra abierta. Cuando Dios ya no pudo permitir que Satanás continuara con su rebelión, “hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón y sus ángeles combatieron; pero estos no prevalecieron, ni se halló más lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera ese gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apoc. 12:7-9). Aprendimos en Daniel 10 que Miguel es uno de los nombres en la Biblia para Jesucristo. Es el nombre usado para el Cristo eterno y todopoderoso en conflicto directo con Satanás. Es el nombre de nuestro Señor victorioso y eterno. Cuando estalló la guerra en el Cielo, los ángeles tuvieron que decidir: ¿Seguirían a Lucifer o a Miguel? ¿A Satanás o a Jesús? Es interesante que Miguel sea el líder de las fuerzas leales dispuestas contra Lucifer. Podríamos haber esperado que Dios el Padre hubiera sido aquel que tomaría el mando de las fuerzas que resistían a Satanás en el Cielo. Esto sugiere que Jesús pudo haber sido el principal foco de los celos de Satanás y su insatisfacción por su papel en el Cielo.

¿Cuál fue la naturaleza de esta guerra que estalló en el Cielo? ¿Fue una guerra física como las de la Tierra, en las que se usan armas para matar al enemigo? ¿O fue una guerra de ideas como las de la Tierra, contra la pobreza o las drogas? ¿O incluía

elementos de ambos tipos de guerra? No lo sabemos. Pero, de todos modos, el conflicto fue lo suficientemente físico como para que Satanás y sus ángeles fueran “lanzados fuera”, y no “se halló más lugar para ellos en el cielo” (Apoc. 12:9, 8). Hay algo que sabemos con certeza. Cada ángel tuvo que tomar una decisión a favor o en contra de Cristo. ¿A quién seguirían? ¿A la voz de quién escucharían? Los ángeles leales eligieron ser obedientes a los mandatos amorosos de Cristo, mientras que un tercio de los ángeles escuchó la voz de Lucifer, desobedeció a Dios y perdió el Cielo. Nosotros también, en este momento crítico de la historia de la Tierra, estamos llamados a tomar una decisión a favor o en contra de Cristo. Nosotros también debemos declarar de qué lado estamos en verdad: de parte de Cristo o de Satanás. El dragón perdió este episodio inicial en el Gran Conflicto. El tema de Apocalipsis 12 es: Jesús gana; Satanás pierde. “Ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, quien los acusaba día y noche ante nuestro Dios” (vers. 10).

Episodio 3: Satanás intenta destruir a los seguidores de Dios en todas las épocas

¡Ay de la tierra y el mar! Porque el diablo ha descendido a ustedes con gran furor al saber que le queda poco tiempo.

Cuando el dragón vio que él había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón. Pero a la mujer le fueron dadas dos alas de una gran águila, para que volara de la presencia de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, tiempos y medio tiempo. Entonces la serpiente echó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra

ayudó a la mujer. La tierra abrió su boca y sorbió el río que el dragón había arrojado de su boca (vers. 12-16).

¿Dónde fueron Satanás y sus ángeles seguidores cuando fueron expulsados del Cielo? Fueron arrojados al planeta Tierra. El versículo 12 dice: “¡Ay de la tierra y el mar. Porque el diablo ha descendido a ustedes con gran furor al saber que le queda poco tiempo”. El apóstol Pedro lo expresa así: “Sean sobrios y velen; porque su adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Ped. 5:8).

Cuando el dragón perdió la batalla en el Cielo, trasladó su rebelión a la Tierra. Él engañó con éxito a Eva, quien tentó a Adán a unirse a ella para desobedecer a Dios y rendirle lealtad a Satanás. Como resultado, Satanás reclama que este mundo es suyo. Desde Edén, ha continuado con el Gran Conflicto y ha tratado de destruir a los seguidores de Dios en todas las épocas. Hemos visto tanto en Daniel como en el Apocalipsis cómo sus ataques contra Dios y contra el pueblo fiel de Dios se intensificaron durante la gran oscuridad espiritual y la apostasía de la Edad Media. Los intentos de Satanás por destruir a los seguidores de Dios durante este tiempo se representan en estos versículos como el lanzamiento de una gran inundación, en un intento de destruir a la mujer, la iglesia de Dios (Apoc. 12:15).

Cada vez que el pueblo de Dios permanece fiel a él, Satanás se enfurece y trae persecución sobre ellos. El versículo 14 dice que la mujer fue obligada a volar al desierto, “donde es sustentada por un tiempo, tiempos y medio tiempo”. Apocalipsis 12:6 dice: “Y la mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios”. El pueblo de Dios sería nutrido en el desierto. Su Palabra los fortalecería y sustentaría. En los momentos más oscuros de su

vida, y en medio de sus pruebas más feroces, encontrarían un “lugar preparado” para ellos por Dios.

En los mayores desafíos de la vida, Dios siempre prepara un lugar para sus fieles seguidores. Es posible que, mientras lees estas páginas, estés atravesando algunos de los mayores desafíos de tu vida. Pueden ser desafíos financieros, problemas matrimoniales, conflictos familiares, una enfermedad que amenaza tu vida o un desánimo abrumador. Dios tiene un lugar preparado para ti. Él es el que dice: “Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mat. 11:28). Hay descanso y paz en su presencia para las personas cansadas y agotadas. Él tiene un lugar preparado en su corazón solo para ti. Allí encontrarás consuelo y fortaleza. Durante el tiempo de su mayor prueba, el pueblo de Dios encontró refugio en el lugar que Dios preparó para él.

Ya hemos estudiado este período de tiempo de los 1.260 días o años. En el capítulo 11, aprendimos que los 1.260 días, los 42 meses y el período de tiempo, tiempos y medio tiempo se refieren al mismo período: desde el año 538 hasta 1798, cuando la Iglesia y el Estado se unieron. La oscuridad espiritual cubrió la Tierra. El pueblo de Dios tuvo que “volar al desierto” para poder adorar a Dios. Millones de cristianos fueron martirizados durante ese tiempo, porque obedecieron a Dios y su Palabra en lugar de las tradiciones y los rituales humanos. Apocalipsis 12:11 declara: “Ellos lo han vencido [a Satanás] por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos, y no amaron su propia vida ni aun ante la muerte”.

Los creyentes vencen las asechanzas del maligno mediante la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo por sus pecados. En Cristo, son liberados de la culpa y de las garras del pecado. Ya no son esclavos de su naturaleza pecaminosa. Su gracia los ha hecho

libres. Vencen “por la sangre del Cordero”. La victoria de Cristo sobre Satanás en la Cruz se convierte en su victoria. Su vida es un testimonio vivo de su gracia y, día tras día, dan testimonio de su amor. Ha vencido la tumba, por lo que todo temor a la muerte ha desaparecido. Su testimonio es intrépido porque sirven al Cristo que ha vencido a la propia muerte.

A veces, el río que Satanás envió para destruir al pueblo de Dios parecía estar a punto de arrollarlo. Pero Dios protegió a su pueblo. “Pero la tierra ayudó a la mujer. La tierra abrió su boca y sorbió el río que el dragón había arrojado de su boca” (vers. 16). Hacia el final de los 1.260 años en el desierto, se abrió un nuevo mundo para la iglesia perseguida. Estados Unidos se convirtió en un lugar donde aquellos que eran perseguidos por su fe podían encontrar alivio. Allí, el río del diablo fue sorbido. Dios ganó y Satanás perdió. Pero el dragón todavía estaba decidido a continuar con el Gran Conflicto.

Episodio 4: Satanás intenta destruir a la iglesia de Jesús en el tiempo del fin

Cuando miramos la historia de los ataques de Satanás a lo largo de los siglos desde el Edén, a menudo parece que tuvo éxito en alejar a hombres y mujeres de Dios. En cada época, solo un pequeño número permaneció fiel al Dios del Cielo, en comparación con la gran mayoría que siguió al dragón. Aunque parezca que Satanás estaba ganando la Gran Controversia, siempre hubo quienes lo vencieron “por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos” (vers. 11). Ellos “han lavado sus ropas y las blanquearon en la sangre del Cordero” (Apoc. 7:14).

Ya ves, no es una cuestión de números. La verdad no se determina por mayoría de votos. Satanás sigue perdiendo y Dios

sigue ganando en el Gran Conflicto. Pero esto solo hace que el diablo esté más decidido que nunca a atacar al pueblo de Dios: “Entonces el dragón se airó contra la mujer, y fue a combatir al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús” (Apoc. 12:17).

El dragón hizo guerra contra Dios en el Cielo. Hizo guerra contra Jesús en la Tierra y trató de destruirlo. Ha hecho la guerra a los seguidores de Dios a lo largo de los siglos. Y ahora, enfurecido y desesperado, va “a combatir al resto de sus hijos” (vers. 17). ¿Quiénes son?

A lo largo de la historia de la salvación, en el gran conflicto entre el bien y el mal, Dios siempre ha tenido un pueblo que se ha mantenido fiel a él. Él siempre ha tenido un remanente, aquellos que permanecieron fieles a su Palabra mientras que la mayoría se apartó de la fe. El pueblo fiel remanente de Dios que vive en los últimos días es la descendencia de todas aquellas generaciones que nos precedieron: los apóstoles, los mártires, los reformadores, los hombres y las mujeres fieles que defendieron la verdad durante todos esos largos y oscuros siglos.

¿Podemos identificar este remanente del tiempo del fin?

El versículo 17 detalla dos características que identifican a este grupo de los últimos días, contra el que el dragón está furioso y contra el que hace guerra. Primero, guardan los mandamientos de Dios. En los últimos días antes del regreso de Jesús, Dios va a tener un pueblo que guardará sus mandamientos, aunque no porque crea que obedecer los mandamientos los salvará. No porque estén tratando de ganarse la salvación. Guardan los mandamientos de Dios porque lo aman, porque quieren agradarlo y mostrarle su lealtad. Jesús dijo: “Si me aman, guardarán mis mandamientos” (Juan 14:15). El amor es el motivo

más poderoso para la obediencia. Cuando captamos incluso un atisbo de su amor en la Cruz, nuestro corazón se quebranta. Anhelamos servirlo. Como dice el apóstol Juan: “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Jesús también dijo, por medio del salmista: “Dios mío, me deleito en hacer tu voluntad, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). El amor es el motivo. La obediencia es la respuesta. En verdad, no puedes amar y ser desobediente. Así que, esa es la primera característica que identifica al pueblo remanente de Dios: guarda sus mandamientos. Todos sus mandamientos.

La segunda característica del remanente de Dios de los últimos días es que “tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc. 12:17). ¿Qué significa esto?

Apocalipsis 19:10 dice: “El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía”. Así como Dios guio a Israel por medio del don de profecía en los días de Moisés; así como guio a Israel a lo largo del Antiguo Testamento por medio del don de profecía; así como Dios otorgó los dones de profecía a la iglesia del Nuevo Testamento, así también en los últimos días de la historia de la Tierra Dios tendrá una iglesia remanente guiada por el don de profecía. Su remanente tomará en serio el testimonio de Jesús por medio de su voz profética.

Justo antes de regresar al Cielo, Jesús le dio a su iglesia las órdenes de marcha. A esto lo llamamos la Gran Comisión: “Por tanto, vayan a todas las naciones, hagan discípulos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado. Y yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:19, 20).

Al final de los tiempos, el remanente de Dios proclamará el mensaje del evangelio de salvación hasta los confines de la Tierra, enseñando a la gente a observar todas aquellas cosas que Jesús ha mandado. Él estará con su pueblo hasta el final. El dragón se enfurece contra ellos. Hará guerra contra ellos con todos los poderes infernales a su disposición. Pero Jesús dice: “Y yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (vers. 20). A lo largo de los siglos, Jesús nunca ha perdido una batalla contra Satanás. Él es nuestro Señor todopoderoso, conquistador y triunfante. En esta última batalla, una vez más, gana Dios; ¡Satanás pierde!